



RENERIA: Memoria y Espejo

SANTIAGO AIZARNA

La memoria, que puede ser fuente permanente de dolor, nos astilla el alma entre la consideración del ayer y el hoy, nos puede hacer doblar el recodo de la nostalgia y hacernos sentir que el viejo lamento de Manrique, es cierto. Somos muchos los que creemos que hemos ido siempre a peor, y esta sensación, en algún momento llega a ser masoquista; hay un momento en que el dolor de lo perdido llega a convertirse en placer de lo perdido que, es justamente, cuando Masoch triunfa.

Ocurre, posiblemente, que la Rentería ensoñada de nuestra niñez, no es como fue, sino como la soñamos y la seguiremos soñando. Es decir, el sueño es mentira y es engaño, pero el hombre gusta de abreviar islas en su mar particular, y esta isla, este promontorio de una Rentería que creemos haberla vivido se nos sobrepone, gozosamente, iluminadamente, unánime también y también ideal, sobre esta otra Rentería de hoy que sucede que ni la conocemos, porque largo ha sido el distancia-

miento, largos los años y muchas las novedades, hasta que una foto vieja, viejo color sepia que nos orilla también en la vejez propia, nos restituye y nos vuelca y nos precipita en lo que Rentería es para mí que esto escribo: un recuerdo de un Colegio en la Alameda, algún profesor, el cordón umbilical a un lugar llamado Telleri-Alde que nunca llega ni a concretarse ni a contornearse, una tienda en medio del puente sobre el río Oyarzun y en donde se vendían unos caramelos inolvidables y cuyo paladeo recordado sirve, todavía, aún, siempre, para excitar nuestra apetencia.

Son recuerdos de un momento que sirven para rescatarlo. Se tira de una soga, y alucinada, la memoria va recogiendo escenas, actos, sabores, visiones... Ver, por ejemplo, la Alameda, poblada de grandes castaños de Indias será espectáculo imposible para el joven renteriano de hoy, pero allí estaba el río, pequeño, perdiéndose entre piedras y buztña, y por la carretera, medio metro más abajo, seguramente de la que hoy se estira, pasaba algún que otro camión con ruedas macizas, colgante la manivela como un mamífero semental, y dejando regueros de su paso.

Rentería es, está en la lejanía. Cuanto más el animal humano avanza hacia el futuro, más se siente arrastrado hacia el pasado. Y es que los años van dejando la bendición de un recuerdo que se nos remansa como lago pero que resulta movible como agua. Y es bendición neta regresar una noche huérfano de sentimientos, y quedarse a auscultar el hondo latido del pasado, quedarse entre insomne y enfebrecido, viendo, con visión de fantasma, al viejo tranvía blanco que entraba por la calle Viteri arrastrando ruido de hierros y chatarra, daba la vuelta al kiosko y enfilaba, otra vez, renqueante, por Capuchinos, memoria errante que pide música en dónde murmurar, sabores desliados entre grumos de melancolía, olor desvaído, olor de infancia perdida como en proustianos delirios.

Así, queda lejos del alma recobrada la imagen de un presente que no se quiere tactar, porque el regresado huérfano de las sombras, lo que no quiere es presente porque lo tiene y quiere el pasado por haberlo perdido.

Y si se apura a la nostalgia, ya no son solo calles, paseos ni

alamedas, ya es aquella persona concreta, unos bigotes, una bicicleta, pelambre, ya son hasta paredes de pueblos, bancos (como aquellos ornamentales de la Alameda con anuncios), ya es hasta el sabor de unas galletas mordidas en su origen, la primera fotografía, acaso, en el estudio de un amable señor de raro apellido (Figursky), es decir, un largo etcétera de pendulares colgajos a los que, en algún momento, los hacemos bandear.

Y no es preciso atajar calles cuando no hay prisa para nada, cuando toda la noche es nuestra y el pulso del pueblo dormido sólo se nos penetra por vía osmótica, por este deambuleo de una Rentería que se nos abre frutal, con zumos y jugos de melancolía, una Rentería de la que participábamos mucho más de lo que habíamos llegado a creer.

Entre el recuerdo y el espejo está nuestra incertidumbre, nuestro asombro. El tiempo, voraz, rejuvenece ciertos lugares mientras que abre surcos de heridas en otros. Y siempre queda o la delicia o la angustia de adivinar de qué lado queda nuestra sensación del lugar, de si manifiestamente nos volcamos hacia el pasado, o si definitivamente, nos reconciliamos con el presente; de si preferimos reconstruir una imagen perdida, o ya nos acostumbramos, a no hacerle socaliñas a nuestra vida onírica y dejar que ella nos mane arropes y ambrosias.

Pero lo que pasa también es que, certeramente, nuestro paso y nuestra postura han sido irreversibles. El hombre, cada hombre, tiene su tiempo, mejor dicho, su exclusiva morada en el tiempo. El hombre, cada hombre, no se pertenece fuera de ese tiempo que se le concedió, fuera de ese lapso en que sintió el lugar, lo asimiló y lo devuelve memorizado. O, acaso, mejor, es al mismo tiempo al que se le reta para que borre otros tiempos, y si éste de ahora no borró aquel es que, decididamente, es peor, y es el pasado quien se nos adueña.

Ante estas dos Renterías rivales, tiempos que obran en contraoferta sobre quien pasó por ellas con igual corticalidad o tangencia, la elección no es dudosa, o no se quiere perder en meandros de convencimiento. Ante estas dos Renterías, ante la memoria y el espejo, cualquiera puede hacer su elección, siempre que, naturalmente, no le falte ninguna de las dos cosas.